INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

En ruta hacia la igualdad

Gloria Steinem. A. DECAY

Cuando llegaba el otoño, Gloria Steinem (Toledo, Ohio, 1934) sabía que comenzaba el ritual que su padre, cada año, desplegaba: la familia subía a una caravana y recorría el país, sin colegio –no fue a clase hasta los 12 años–, sin obligaciones, sin una ruta prefijada, comprando antigüedades que más tarde revendían. El virus del nomadismo arraigó en ella muy fuerte. Tanto, que dedicó su vida a viajar: siguiendo a su padre al principio, siguiendo sus principios durante toda su vida.

Un viaje a la India en los años 50 la convenció de que las revoluciones deben nacer desde abajo. Tal vez siguiendo los pasos de su abuela (líder de las Sufragistas de Ohio) se implicó en distintas causas –la lucha contra la segregación racial, el incipiente movimiento feminista, los derechos de las minorías étnicas– y viajó por todo el país ayudando a articular a la población en los primeros movimientos organizados. Pronto se convirtió en un icono en la defensa de los derechos civiles y en la lucha por la igualdad de las mujeres.

Desde muy joven trabajó como periodista 'freelance'. Se infiltró como chica 'Playboy' para denunciar en un reportaje sus pobres condiciones laborales. Fue colaboradora de la revista 'New York' desde su inicio, la primera mujer periodista en ese medio –escuchó a Gay Talese decir a Saul Bellow, cuando compartían un taxi, que cada año llegaba a Nueva York una chica guapa que quería ser escritora y que ella era la de ese año– y fue fundadora de la revista 'Ms', primera publicación feminista americana.

Steinem ha sido testigo de excepción de muchos hechos que cambiaron la historia: escuchó a Martin Luther King en la marcha sobre Washington de 1963; despidió a Kennedy en la Casa Blanca cuando salió por última vez antes de viajar a Dallas, donde fue asesinado; estaba en Florida mientras se cuestionaba el recuento de papeletas que dieron la presidencia a Bush en el año 2000... Sus memorias de activista llegan a las librerías de la mano de Alpha Decay. 'Mi vida en la carretera' (traducción de Regina López Muñoz, 348 páginas) es un relato de descubrimiento personal a la par que la crónica del gran cambio social que se produjo durante la segunda mitad del siglo XX. La conquista de muchos de los derechos que ahora se disfrutan fue una labor de zapa de muchas mujeres como Steinem que contagiaron persona a persona, voto a voto, las ganas de cambiar el mundo.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO PANAMÁ

La ternura del dragón

Javier Corcobado. HA

Llego con algo de retraso. La sala de la librería La Pantera Rosa estaba llena. Sin agobios pero llena. Antes Kiki Árboles había dejado momentos deliciosos y alargó su recitado hablando de las Brujas de 'Macbeth'. La gente no se había percatado de que Javier Corcobado ya había llegado. Se había sentado atrás (¿moraleja?) y había respondido a mí «¿cómo estás?» con un emocionado «Pues... muy nervioso». Tenía la mano congelada pero había en él algo que preparaba para su posterior exposición. Una determinación que uno ya conocía de los tremendos arrebatos de Mar Otra Vez, de Demonios tus ojos y de unos Chatarreros hechos de material no fungible. Empezó en tromba y así terminó. Hay que ser valiente para abrir y cerrar con John Milton y para anunciar que leería algunos poemas de su libro próximo a editar ('Dios persona a Satán') y que haría un recorrido inverso por su poética. A sus poemas más recientes seguirían en un «crescendo» (¿existe el termino «descendo»?) sus poemas más antiguos. Brasa nueva, vieja llama. Con Corcobado no hay término medio. Es la pulsión poética y vital pura. Los que le conocemos desde hace decenios (no hay errata, querido lector) ya sabemos lo que el bardo terrible ofrece. Una visita al abismo. Jocosa a ratos («El siguiente poema se llama Poema sodomizador»), sorprendente siempre («Françoise en verano») o sencillamente, si este es un adjetivo que pueda usarse con este bicho salvaje, memorables: «Ayer tomé café con una asesina. / Me supo como siempre... / la asesina». Su recitado pausado, profundo, acompañado por un cigarrillo tramposo y algún excelso licor discurrió como es él. Terrible a ratos, provocadoramente divertido, tenso pero cordial. Un dragón bueno que escupe rimas, abstracciones y puñetazos con una cordialidad aterradora. Un hombre que conoció el abismo y que ha vuelto para contarlo. Por si puede interesar. O no. La mitad de la sala abandonó agotada ante la exposición del caos pero tenía el poeta un último desafío para la resistencia. Cogió el micrófono, hizo acercarse a las filas más retiras y espetó: «¿Qué es la poesía?». Y la resistencia entró en el círculo.

Se despidió con abrazo cálido del que esto firma. Le vi solo y feliz. Frágil y abrumador. En ese momento, su poesía estaba encarnada en sus tatuajes y en su rostro duro pero tierno. Sabía que estaba perdonado. Un gran, gran poeta contemporáneo. Sin duda.

PERFIL HISTORIA DE UN PROYECTO EDITORIAL, LA 'OBRA LITERARIA' DE BUÑUEL Y DE «UNA INDOLENCIA PATOLÓGICA»

¡Ay, mi maestro Joaquín Aranda!

Joaquín Aranda, crítico, editorialista, sabio de casi todo, con el gran narrador Javier Tomeo. JOSÉ MIGUEL MARCO

Mi admirado Luis Alegre menciona en su reciente artículo 'Viñetas', de las páginas dominicales, hablando del profesor y escritor Agustín Sánchez Vidal, y en relación con Luis Buñuel, que «con la complicidad de Joaquín Aranda había editado para HERALDO su obra literaria». Exacto. Sánchez Vidal editó para HERALDO la 'Obra Literaria' de Buñuel, en una colección que dirigía mi maestro, Joaquín Aranda, compañero en la redacción del periódico. Lo que no puede saber Luis Alegre, ni es posible que Agustín Sánchez Vidal, es que editar la obra literaria de Buñuel en aquella colección heraldista fue una iniciativa... de quien esto escribe, como lo fueron otras de aquella serie de títulos, porque mi maestro me tomó con asesor oficioso para que le sugiriera autores y temas. Y uno de los que le sugerí fue, precisamente, recopilar la obra literaria de nuestro genial cineasta.

Pero mis planes eran unos, y Joaquín (¡ay el maestro!) se me fue por los cerros de Úbeda e hizo... lo que le dio la gana (como era su costumbre). Pues mi sugerencia (casi orden) fue que el propio Joaquín Aranda se ocupara de aquella edición. Dado su vasto conocimiento de la literatura, del cineasta calandino en cuestión, y de su estrecha vinculación familiar con el propio Buñuel, Joaquín Aranda estaba en las mejores condiciones para llevar a cabo aquel proyecto.

Aún más, le propuse que para ilustrar el libro echase mano de los estupendos 'collages' de Alfonso Buñuel, el hermano de Luis, que estaban a su alcance. Joaquín aceptó la propuesta y, al cabo de cierto tiempo (sin mediar conversación alguna al respecto entre nosotros), me sale (¡ay mi maestro!) con que había encargado el proyecto... a Agustín Sánchez Vidal. La concepción «estética» de aquel libro cambió radicalmente. Aun conociendo la idoneidad de Agustín para llevarlo a cabo (como lo haría, y formidablemente), lo cierto es que aquella espantada de mi maestro me supo fatal. Estuve un tiempo enfadado con él. Porque mi intención, en reconocimiento a la sabiduría y las dotes de escritor de Joaquín, era que, por fin, pusiese esas dotes privilegiadas en algún empeño distinto de escribir críticas y artículos estupendos. Quería sacarlo, sí, lo confieso, de su indolencia patológica. De ella hablé en una larga semblanza que le tengo dedicada, y que él leyó con gran complacencia, como bien saben su viuda, Cuchicha, y su hijo, Bruno. Por eso me atrevo ahora a sacar a relucir esa idiosincrasia de mi admirado compañero y sin embargo maestro.

Me sentí, la verdad, enormemente frustrado. Que una inteligencia como la suya se negase a mostrar su talento me reconcomía. Podía haber escrito ensayos brillantísimos, cuentos formidables, novelas únicas, poemas admirables. Yo conservo alguno de los suyos y sus magníficas versiones de ilustres poetas, aquí prácticamente desconocidos, como doy cuenta en mis 'Cisnes Aragoneses' (Delsan), donde me empeñé en incluirlo.

Pero Joaquín era de la raza de esos aragoneses que ejemplarizó Juan Moneva al escribir en el epitafio de Filomeno Mayayo, el que fuera gran director de HERALDO tantos años (1916-1934): «Mereció brillar. Lo evitó obstinadamente». Así era mi maestro. ¡Ay, mi maestro!

JUAN DOMÍNGUEZ LASIERRA